

EL ACTUAL ESTANCAMIENTO ECONÓMICO EN SU PERSPECTIVA HISTÓRICO-MUNDIAL¹

Poca discusión cabe a estas alturas de la distinción en la historia del capitalismo occidental desde el final de la Segunda Guerra Mundial de dos períodos distintos. Su «Edad de Oro», que duró poco más o menos hasta finales de la década de 1960, se caracterizó por un rápido crecimiento económico, bajo desempleo, ciclos económicos poco pronunciados y niveles de vida en ascenso para las masas, especialmente para los trabajadores varones blancos. La «Edad de Plomo», desde comienzos de la década de 1970 hasta ahora, se ha distinguido por un crecimiento lento, alto desempleo, ciclos económicos más severos y niveles de vida estancados o en retroceso para la mayoría. Esta transformación económica fundamental también ha redefinido la política en Occidente. Gran parte del éxito de la Edad de Oro se atribuyó en su momento al desarrollo de intervenciones gubernamentales a gran escala en el mercado, que pretendían atenuar tanto la severidad de los ciclos económicos como las escandalosas disparidades de riqueza, renta y oportunidades que caracterizaron el capitalismo de preguerra. Conforme avanzaba la Edad de Plomo, la hegemonía de las políticas de «gran gobierno» cedió el paso a un apoyo sin matices por parte del tándem Thatcher-Reagan a las grandes empresas y a una oposición igualmente radical a cualquier tipo de iniciativas redistributivas en sentido igualitario.

Uno de los aspectos más destacados de la transición de la Edad de Oro a la Edad de Plomo fue la evolución de los mercados y prácticas financieras. La Edad de Oro se caracterizó por bajos tipos de interés reales y bajos niveles de endeudamiento privado, relativamente pocas transacciones especulativas en los mercados financieros, y en general un grado de estabilidad financiera sin precedentes históricos. También prevaleció en este período la intervención frecuente del gobierno, tanto en las economías nacionales como en el ámbito de los mercados monetarios internacionales mediante el sistema de tipos fijos de cambio establecido en Bretton Woods. La justificación de esos estrictos regímenes reguladores no era difícil de descubrir, teniendo en cuen-

¹ Publicado originalmente en *NLR* I, 219, septiembre/octubre de 1996.

ta que casi todo el mundo consideraba las desestabilizadoras fuerzas surgidas de los mercados financieros especulativos como causa principal del hundimiento de Wall Street en 1929 y de la Gran Depresión.

Durante la Edad de Plomo, por el contrario, hemos visto el retorno de altos niveles de endeudamiento privado y tipos de interés históricamente elevados, un rebrote de mercados financieros especulativos muy activos y crisis financieras mucho más frecuentes, de las que la más reciente ha sido la de diciembre de 1995, precipitada por el colapso del peso mexicano. Junto a esos patrones financieros de la Edad de Plomo se ha producido en todo el mundo un desmantelamiento de los controles de regulación financiera, siendo el ejemplo más destacado el abandono en 1971 del sistema de Bretton Woods. El resurgimiento de prácticas financieras especulativas y la atenuación de los controles reguladores en la Edad de Plomo también han creado condiciones para que las preocupaciones primordiales de los capitalistas financieros, esto es, moneda fuerte, altos tipos de interés y baja inflación, se consagraran como parámetros determinantes de la política económica de los países de Occidente.

El largo siglo XX, de Giovanni Arrighi, constituye un esfuerzo muy ambicioso de explicar, como dice el subtítulo del libro, las relaciones entre «dinero y poder en los orígenes de nuestra época», esto es, precisamente esta transición del capitalismo de la Edad de Oro a la Edad de Plomo². La premisa que alienta su estudio es que el período actual representa de hecho una transformación fundamental del capitalismo occidental. Por otra parte, esa misma transformación forma parte de un modelo normal de desarrollo del capitalismo occidental que puede retrotraerse hasta el siglo XIV. Es necesario, por lo tanto, evaluar el ciclo actual a la luz de los anteriores procesos de transformación si se quieren entender las fuerzas que provocan el cambio, así como los resultados finales más probables de ese cambio. Marx dijo: «La historia de las generaciones pasadas es como una pesadilla en el cerebro de las presentes»; y Arrighi pretende exponer esas conexiones espectrales a la deslumbrante luz del día.

Expansiones financieras en los siglos largos

Arrighi mantiene que el período actual es muy probablemente la fase terminal de un proceso histórico que se ha ido desarrollando durante el «largo siglo XX». El inicio de éste habría venido marcado por dos acontecimientos fundamentales en la década de 1870: uno de ellos sería el declive de Gran Bretaña como potencia capitalista hegemónica y el ascenso de Estados Unidos, y el otro el inicio del primer período dilatado de depresión en todas las economías capitalistas occidentales, que se mantuvo hasta mediados de la década de 1890.

² Giovanni ARRIGHI, *The Long Twentieth Century: Money, Power and the Origins of our Time*, Londres, Verso, 1994 (ed. cast.: *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 1999). Las páginas citadas en primer lugar de esta obra corresponden a la edición en castellano; las citadas entre corchetes a la edición original inglesa [N. del T.]. Arrighi no emplea la terminología de las Edades de Oro y Plomo, que proviene de los abundantes escritos de Joan Robinson sobre crecimiento económico.

Arrighi sostiene, considerando el creciente poder del capital financiero y la extensión de las prácticas financieras especulativas, que la década de 1970 marca la fase inicial de la finalización de este nuevo siglo largo. De hecho, un argumento central de su estudio es que tales períodos de «expansión financiera» representan el «otoño» del orden capitalista prevaleciente cuando va cediendo lentamente el lugar a un nuevo orden. Arguye que los patrones de transformación presentes en el largo siglo XX son comparables a los de tres «siglos largos» anteriores, el siglo XVI genovés, el siglo XVII holandés y el siglo XIX británico. La cuestión que plantea al finalizar su estudio es si el capitalismo japonés, quizá junto a otras economías en ascenso de Asia oriental, está reemplazando a la hegemonía estadounidense al irse aproximando el siglo XXI.

Fernand Braudel fue el primero en proponer la hipótesis de que todos esos siglos largos se han caracterizado por una fase otoñal de expansión financiera. Pero el enfoque de Braudel de ese modelo planteaba más interrogantes de los que resolvía. ¿Cuál es la relación entre las expansiones financieras y la transición de un siglo largo al siguiente? Arrighi acepta la severa crítica de Charles Tilly de que Braudel no ofrece nunca una explicación satisfactoria de las interconexiones que observa. O para ser más precisos, Tilly señala que Braudel concede crédito a tantas explicaciones alternativas y contradictorias que, en definitiva, no se atiene seriamente a ninguna³. Arrighi está, no obstante, convencido de que Braudel descubrió un patrón fundamental de la evolución del capitalismo durante largos períodos de tiempo. El propósito confesado de *El largo siglo XX* consiste pues en ofrecer un marco analítico mucho más riguroso para la comprensión de los patrones observados por Braudel: «Dejé que Braudel me arrojara al alta mar del hecho histórico mundial y escogí para mí la más exigua tarea de procesar su hiperabundante oferta de conjeturas e interpretaciones, en una explicación económica coherente y plausible de la conformación y total expansión del sistema-mundo capitalista» (p. 10 [p. XI]).

Pero eso no significa que Arrighi pretenda estrechar el ámbito de su análisis. Por el contrario, *El largo siglo XX* realice un recorrido panorámico que comprende un conjunto excepcionalmente amplio de temas. Su preocupación más básica consiste en investigar la dinámica interna de los cuatro «ciclos sistémicos de acumulación» que corresponden a los cuatro siglos largos antes mencionados. Esto incluye, en particular, una explicación del proceso mediante el cual, al final de cada uno de ellos, la expansión financiera se convierte en rasgo predominante de la trayectoria del crecimiento económico.

Pero al acometer este problema surgen naturalmente muchos otros. Uno de ellos es la relación entre el análisis de Arrighi de los siglos largos y las expansiones financieras, y la abundante literatura existente acerca de las «ondas largas» de acumulación capitalista estudiadas por Kondratieff. Arrighi afirma que esos estudios sobre las ondas de Kondratieff y los mode-

³ Charles TILLY, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York, 1984, pp. 70–74 (ed. cast.: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza Editorial, 1991).

los seculares relacionados con ellas se han concentrado excesivamente en el movimiento cíclico de los precios y no cree que ese programa de investigación pueda dar mucho fruto, ya que elude la cuestión central de la responsabilidad de las fuerzas sociales, económicas y políticas intrínsecas al capitalismo en la generación de los ciclos largos. Así pues, presenta su planteamiento histórico como enfoque alternativo para comprender el largo desarrollo del capitalismo, ya que «los ciclos sistémicos [...] constituyen indicadores mucho más válidos y fiables del núcleo específicamente capitalista del moderno sistema-mundo que los ciclos seculares o los ciclos de Kondratieffu» (p. 20 [7]).

La importancia concedida por Arrighi a las potencias nacionales predominantes en cada uno de los ciclos sistémicos de acumulación (Génova, las Provincias Unidas, Gran Bretaña y Estados Unidos) sitúa naturalmente su obra junto a otras que también se ocupan del *Auge y caída de las grandes potencias*, como reza el reciente libro de Paul Kennedy⁴. Arrighi pretende, no obstante, situar el problema en el contexto de un conjunto de ideas analíticas mucho más exhaustivo. Se basa ante todo en la tradición marxiana, y en particular en la perspectiva del «sistema-mundo» en la que ha participado largo tiempo. Pero también aprovecha intuiciones de fuentes inesperadas, como el modelo histórico de John Hicks, según el cual el mercantilismo sirvió para disminuir los riesgos comerciales; la consideración de Ronald Coase y Alfred Chandler de las corporaciones modernas como instrumento para minimizar los costes de transacción; y la literatura más reciente sobre la «especialización flexible» como desafío emergente de alta productividad al modo de producción de las corporaciones.

Todos esos temas, además, quedan al servicio de la explicación del período actual y la perspectiva de futuro. En esa medida, Arrighi lleva su análisis a importantes cuestiones objeto de debate, como el papel de la Guerra Fría en el ascenso y posterior declive de la hegemonía estadounidense en el período de posguerra, las causas del colapso del sistema de Bretton Woods, las diferencias entre el capitalismo occidental y el de Asia oriental, y las causas del descenso de la rentabilidad y del crecimiento económico en la Edad de Plomo actual. Sin duda alguna, Arrighi ha elaborado una obra muy ambiciosa, por lo que no es de extrañar que el tratamiento que concede a tantas y tan variadas cuestiones alcance un éxito disparejo, y que la síntesis que presenta no sea igual de coherente y persuasiva a todos los niveles. ¿Cuáles son pues los logros y puntos débiles de su exposición?

Estructuras organizativas y poder hegemónico

Una de las áreas en la que Arrighi ha establecido conexiones más sugerentes es la de la relación entre dominación territorial y formas de organización económica. Argumenta que un factor importante que diferencia los cuatro ciclos sistémicos de acumulación es si ejercían su poder hegemóni-

⁴ Paul KENNEDY, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, 1987 (ed. cast.: *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Plaza & Janés, 1992).

co mediante un modo de control «extensivo» o «intensivo», y que así como Génova y Gran Bretaña se convirtieron en dominantes, extendiendo con éxito el dominio territorial de la economía-mundo capitalista, los regímenes holandés y estadounidense fueron «intensivos» en cuanto que consolidaron más que expandieron la economía-mundo capitalista.

El sistema-mundo alterna así entre formas de hegemonía extensivas e intensivas, en las que la debilidad de un modo de control supera finalmente su fuerza, creando una brecha por la que penetran y se afianzan un nuevo sistema de acumulación y un nuevo poder hegemónico. Los sistemas genovés y británico requerían la capacidad de mantener el control político y económico sobre una extensión cada vez más amplia de territorio conquistado, y esa capacidad llegó inevitablemente a un límite. En cuanto a los sistemas holandés y estadounidense, cuyo modo de control primordial consistía en reorganizar los dominios imperiales existentes, también se encontraban con límites en su capacidad de consolidar el poder sin hacerse excesivamente sofocantes y represivos. ¿Pero cuándo se alcanzan esos límites?

Sobre esta cuestión, Arrighi aprovecha fructíferamente diversas teorías de la organización empresarial para proponer nuevas perspectivas. Argumenta, por ejemplo, que el imperio británico se organizó en torno a lo que llamamos un sistema de especialización flexible, caracterizado por una red a escala mundial de medianas y pequeñas empresas, conectadas por el Estado británico, que actuaba como protector y centro de intermediación: «El Estado británico, habiéndose convertido en el principal centro mundial de intercambio e intermediación comercial, brindó oportunidades únicas a las empresas establecidas en sus dominios metropolitanos para especializarse en actividades generadoras de un alto valor añadido, para obtener sus *inputs* en cualquier parte del mundo en donde pudieran adquirirse al precio más bajo y para enajenar sus productos en cualquier punto del planeta en donde pudieran alcanzar los precios más elevados» (p. 341 [284]).

Sin embargo, la debilidad de ese sistema consistía en que su propio éxito en la extensión de sus dominios también abría intersticios cada vez mayores en los que se insertaban empresas capitalistas rivales. Cuando éstas consiguieron afianzarse se creó una intensa competencia de precios a la que hasta las poderosas empresas británicas eran vulnerables. Según Arrighi, el propio carácter del sistema de especialización flexible británico ofreció la oportunidad a sus competidores extranjeros de bajar los precios, lo que condujo a la deflación y depresión iniciada en la década de 1870.

La forma alemana y sobre todo estadounidense de organización corporativa emergió entonces como solución a este problema de la competitividad excesiva en el capitalismo. Como ha argumentado Alfred Chandler, el sistema corporativo triunfó precisamente desplazando el sistema en el que el libre mercado vinculaba empresas predominantemente pequeñas en conjuntos laxos de asociaciones. La reestructuración corporativa unió a esos variopintos grupos bajo el control de un pequeño grupo de corporaciones monopolistas, capaces entonces de rebajar los costes de transacción y de establecer y mantener precios altos para sus productos finales. Esto eliminó la intensa competencia de precios y permitió salir de la depresión que

había generado la última fase de dominio británico, preparando el terreno para el nuevo ciclo sistémico de acumulación bajo la hegemonía de Estados Unidos.

¿Pero podemos decir que las crisis de acumulación se han debido al agotamiento de cada modo hegemónico de organización económica? Arrighi casi llega a respaldar esa tesis cuando escribe, por ejemplo, que «nuestro análisis de los ciclos sistémicos de acumulación ha mostrado que cada expansión material de la economía-mundo capitalista se ha basado en su particular estructura organizativa, cuya vitalidad fue progresivamente erosionada por esa misma expansión» (p. 270 [226]). Sin embargo, no se concentra en esa idea. De hecho, es precisamente al tratar de establecer cadenas causales claras de razonamiento para explicar la evolución de las fases expansivas a las contractivas en los ciclos sistémicos cuando su planteamiento vacila y pierde fuerza.

Por ejemplo, Arrighi no mantiene su preocupación por las estructuras organizativas al explicar el declive de la hegemonía estadounidense en el largo siglo xx. Existe una abundante literatura económica, que se remonta al clásico estudio de Berle y Means, en 1932, sobre la separación entre propiedad y gestión en las modernas corporaciones estadounidenses, que atribuye el declive de la economía estadounidense desde la década de 1970 a la creciente ineficiencia de la forma corporativa de organización. De hecho, Michael Jensen, un conocido defensor de ese enfoque, fue también el impulsor académico más destacado de la oleada de absorciones hostiles de la década de 1980, ya que consideraba ese proceso como el medio idóneo para que las fuerzas del mercado financiero reemplazaran a la forma corporativa ya exhausta con dispositivos de organización y propiedad más enérgicos⁵. Dicho de otra forma, la conexión entre la estructura organizativa y las «expansiones financieras» constituye una preocupación central de esa literatura a la que Arrighi no alude, y lo que es más serio, tampoco plantea una posición propia coherente. Por el contrario, oscila entre dos opiniones incompatibles: la de que la forma corporativa estadounidense de organización se ha convertido en ineficiente, y la de que las potencias capitalistas rivales, especialmente en Asia oriental, han llegado a ser tan eficaces o más que las estadounidenses operando con esa misma estructura organizativa.

Transacciones financieras y fuentes de beneficio

El tratamiento que Arrighi hace de las propias expansiones financieras (su preocupación más fundamental) es parecidamente irregular, ya que iden-

⁵ Las referencias básicas incluyen: Adolph BERLE y Gardiner MEANS, *The Modern Corporation and Private Property*, Nueva York, 1932, y Michael JENSEN, «Eclipse of the Public Corporation», *Harvard Business Review* vol. 67, 4 (1989), pp. 61–77. Para una excelente crítica de la posición de Jensen, véase James CROTTY y Don GOLDSTEIN, «Do US Financial Markets Allocate Credit Efficiently? The Case of Corporate Restructuring in the 1980s», en G. Dymski, G. Epstein y R. Pollin (eds.), *Transforming the US Financial System: Equity and Efficiency for the 21st Century*, Armonk, NY, 1993, pp. 253–286.

tifica importantes patrones históricos, pero es incapaz de desarrollarlos en un marco analítico coherente. Siguiendo a Braudel, parte de la verdad básica de que una necesidad primaria de cualquier orden capitalista es la creación de flexibilidad —o liquidez— para los capitalistas, que les permite maximizar sus oportunidades de beneficio sin tener que comprometerse con una línea de negocios particular. Los mercados e instituciones financieras satisfacen precisamente esa necesidad. Pero como explicó tan convincentemente Keynes, los mercados financieros también propician el comportamiento especulativo a corto plazo de los inversores, porque rompen el vínculo entre la propiedad de una empresa y la gestión de sus actividades productivas de forma que se obtengan beneficios. De ahí se sigue que las expansiones financieras se producen cuando llega el otoño de un determinado régimen de acumulación, conforme los capitalistas se ven cada vez más urgidos por la necesidad de hallar nuevas posibilidades de inversión rentable. Pero la expansión financiera crea entonces efectos retroactivos desestabilizadores hasta el punto de que, como explicaba Keynes, la empresa se convierte en una burbuja en medio, de un torbellino de especulación. Comparada con las contribuciones iniciales de Braudel, Arrighi ha ofrecido una descripción mucho más sistemática de este proceso tal como ha operado en los cuatro largos ciclos de acumulación.

¿Pero en qué consisten exactamente las expansiones financieras, y de qué forma operan como causa o efecto durante las transiciones históricas? Arrighi no es del todo claro en lo que se refiere a estas cuestiones. Caracteriza las expansiones financieras como «sintomáticas de una situación en la que la inversión de dinero en la expansión del comercio y la producción no cumple ya el objetivo de incrementar el flujo de tesorería del estrato capitalista de modo tan efectivo como pueden hacerlo las operaciones puramente financieras» (p. 21 [8]). Pero la expresión «operaciones puramente financieras» es aquí pura retórica, y en ningún punto del libro, pese a distintas variaciones sobre el mismo tema, ofrece una exposición más precisa.

Esta falta de claridad se hace aún más evidente cuando Arrighi intenta adecuar las formulaciones de *El Capital* de Marx sobre la circulación capitalista a su modelo de los ciclos largos. Marx caracterizaba el proceso de producción capitalista señalando que los capitalistas comienzan con dinero, con el que compran mercancías ya existentes o financian la producción de otras nuevas, tan sólo para venderlas obteniendo un beneficio, esto es, por más dinero que el invertido al comienzo del proceso. El circuito básico es pues dinero \rightarrow mercancías \rightarrow más dinero, o resumidamente $D \rightarrow M \rightarrow D'$. De acuerdo con este esquema, resulta obvio que los capitalistas no se interesan por el valor intrínseco de las mercancías que compran o cuya producción financian, sino tan sólo por el hecho de que luego pueden venderlas obteniendo un beneficio. Por lo tanto, la situación óptima para un capitalista sería aquella en la que el beneficio resultara directamente de transacciones dinerarias, o $D \rightarrow D'$, sin tener que ocuparse de la producción e intercambio de mercancías. Esa posibilidad parece caracterizar muchas «operaciones puramente financieras» que tienen lugar en los mercados de valores, bonos o divisas, en los que sólo se comercia con activos financieros, pero todos los comerciantes parecen salir ganando.

Arrighi adapta el marco analítico de Marx dividiendo cada ciclo largo en dos fases, a la primera de las cuales llama «de expansión material», con lo que se refiere al proceso $D \rightarrow M$ de Marx, mientras que la segunda fase, que se produce cuando esa expansión material entra en declive y gana fuerza la expansión financiera, es equiparada al proceso $M \rightarrow D'$ de Marx. Sin embargo, esta adaptación oscurece el marco subyacente marxiano, así como la lógica que opera tanto en la expansión material como en la financiera de los ciclos largos, dado que en ambas fases la inversión inicial de dinero por el capitalista debe crear más dinero –beneficios– al finalizar el proceso. El fracaso en conseguirlo a escala de todo el sistema es lo que determina una crisis del capitalismo.

Sólo en este marco podemos explorar significativamente el proceso de expansión financiera, o más en particular comprender cómo las «operaciones puramente financieras» (el circuito $D \rightarrow D'$) pueden operar con éxito de forma prolongada. Arrighi nunca plantea explícitamente la cuestión más básica del circuito $D \rightarrow D'$, que es: ¿de dónde provienen los beneficios, si es que no lo hacen de la producción e intercambio de mercancías?

De hecho, para esta pregunta existen tres respuestas básicas. Primera, puede que algunos capitalistas consigan más dinero y que otros lo pierdan, de forma que en el seno de la clase capitalista se produzca una redistribución; en tal caso estaremos hablando de una «expansión financiera» tan sólo para aquellos capitalistas lo bastante afortunados o bien conectados como para situarse en la parte beneficiada de las transacciones. Pero para la economía en su conjunto no resultarían beneficios de esas «operaciones puramente financieras».

Un segundo caso sería aquel en que, junto al proceso de operaciones puramente financieras, los capitalistas en su conjunto fueran capaces de forzar una redistribución de riqueza y renta en su favor. Los capitalistas luchan entonces por los beneficios crecientes mediante sus maquinaciones en el mercado financiero. Este escenario se ha dado con frecuencia en la actual fase de expansión financiera, así como en muchos casos de absorción de corporaciones. Aquí tanto los compradores como los vendedores disfrutaban de precios o dividendos aumentados de sus acciones, debido a que los nuevos propietarios de la empresa consiguen rebajar los salarios e impuestos rompiendo los anteriores compromisos con trabajadores y comunidades. Procesos de redistribución hacia arriba semejantes se han dado en otras ocasiones históricas cuando los gobiernos exprimen a sus poblaciones para hacer frente a los pagos a sus acreedores en posesión de títulos de deuda pública.

Una tercera forma en que las operaciones financieras pueden ser sostenidamente rentables es la que permite a los capitalistas desplazar sus inversiones desde áreas poco rentables de producción e intercambio a otras más rentables. Este proceso es el que aparece más claramente relacionado con los modelos descritos por Arrighi. Pero conviene tener en cuenta que el factor crucial aquí no son las operaciones financieras como tales, sino el hallazgo de nuevos modelos para la financiación rentable de actividades productivas: esto es, el circuito $D \rightarrow D'$ de las operaciones puramente financieras sólo puede funcionar con éxito porque por debajo de él hay un circuito $D \rightarrow M \rightarrow D'$ que opera satisfactoriamente. La pretensión de Arrighi de que ese proceso pueda caracterizarse como una evolución de un circuito $D \rightarrow M$ largo a un circuito

M → D' largo es simplemente un barullo. Más en general, la descripción histórica de Arrighi habría mejorado notablemente si hubiera sido capaz de distinguir entre esas tres fuentes distintas de beneficio en las operaciones D → D'.

La visión del «estrato superior» del capitalismo

La falta de claridad de Arrighi a este respecto puede deberse en parte a su decisión de concentrar su estudio en lo que denomina «estrato superior» de la jerarquía de actividades en el seno del orden capitalista, esto es, la relación entre gobierno, negocios y elites financieras en su lucha por más territorio, poder y beneficios. Esta estrategia de investigación sigue la lógica de la provocativa concepción de Braudel de que los procesos capitalistas como tales sólo operan en ese estrato superior. Para Braudel, los estratos inferiores de actividad autosuficiente y los intercambios en mercados no jerárquicos operan por debajo de ese estrato superior de capitalismo depredador. Aunque tanto Braudel como Arrighi reconocen explícitamente que el estrato superior no podría existir sin los inferiores, de los que depende, se colige fácilmente que esa concentración en el estrato superior puede conducir a una visión en la que, para el sistema en su conjunto, los beneficios pueden mantenerse de forma prolongada simplemente mediante varias maniobras financieras indeterminadas D → D'.

La atención exclusiva de Arrighi al estrato superior capitalista de actividad crea también otra serie de dificultades analíticas en relación con su tratamiento de lo que en otros estudios ha llamado «movimientos antisistémicos»⁶. El problema es especialmente evidente en su análisis del largo siglo xx, cuando una consideración de los efectos de tales movimientos sobre la trayectoria seguida por el capitalismo tendría que haber incorporado la influencia del socialismo y la Guerra Fría, de la socialdemocracia y el Estado del bienestar, así como de las luchas antiimperialistas del Tercer Mundo. Conviene aquí comparar el tratamiento que Arrighi da a esas cuestiones con la idea de Hobsbawm de un «corto siglo xx» en *The Age of Extremes*. Hobsbawm acota el siglo xx como «los años transcurridos desde el estallido de la Primera Guerra Mundial hasta el hundimiento de la URSS, que como podemos apreciar retrospectivamente constituyen un período histórico coherente que acaba de concluir»⁷. En resumen, Hobsbawm considera el desafío socialista y las cuestiones con él relacionadas como factores configuradores de primer orden del siglo xx.

Arrighi no parece mantener un desacuerdo sustancial con el planteamiento de Hobsbawm. Tampoco ignora su narrativa los variados desafíos de la izquierda. El problema está en que se acomodan difícilmente en su marco analítico. Por ejemplo, considera que el gasto militar motivado por la Guerra Fría contribuyó significativamente a la expansión económica encabezada por Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial, especialmente en los

⁶ Giovanni ARRIGHI, Terence K. HOPKINS e Immanuel WALLERSTEIN, *Anti-Systemic Movements*, Nueva York, 1989 (ed. cast.: *Movimientos antisistémicos*, Madrid, Akal, 1999).

⁷ E. J. HOBSBAWM, *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914–1991*, Nueva York, 1994, p. 5 (ed. cast.: *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica-Planeta, 2000).

veintitrés años transcurridos entre el comienzo de la guerra de Corea y el inicio de la retirada de Estados Unidos de Vietnam. Y, sin embargo, no parece considerar el colapso de la Unión Soviética como un acontecimiento clave en la terminación de este siglo, ni en el ascenso del capitalismo en Asia oriental, que marca un punto de inflexión fundamental que inaugura una época.

Considerando el amplio recorrido de *El largo siglo XX* en su conjunto, se puede encontrar una analogía útil entre su planteamiento para la comprensión de las transiciones entre distintos regímenes de acumulación y sus propios puntos fuertes y débiles. El objetivo primordial establecido por Arrighi consistía en consolidar la demasiada vaga narrativa de Braudel sobre la historia del capitalismo mundial. En esta tarea ha tenido éxito, en la medida en que su marco analítico ilustra las cuestiones que pretendía, en general como un medio, para entender mejor los ciclos largos de acumulación capitalista, y en particular al mostrar la interconexión entre ciclos largos, evolución de los regímenes hegemónicos y procesos de expansión financiera, especialmente en cuanto que estos procesos arrojan luz sobre la situación actual. Al mismo tiempo, su marco de consolidación «intensiva» resulta demasiado estrecho para incorporar todos los factores determinantes de los modelos de desarrollo capitalista en los seis últimos siglos. Además, Arrighi reconocía la necesidad de elaborar instrumentos teóricos explícitos en su tarea de consolidación, pero ha utilizado los elegidos con poco cuidado, quizá debido a las dificultades para mantener el control sobre un proyecto tan formidable.

Pero el problema no atañe simplemente al planteamiento de Arrighi para comprender el sistema-mundo capitalista, sino más en general a su misma ambición de tratar de sostener toda una narrativa sobre la historia del capitalismo en un modelo analítico relativamente rígido. Esta metodología entra en conflicto con el reconocimiento cada vez más amplio de que los sistemas económicos se caracterizan por su dependencia de la trayectoria recorrida (o por las ideas relacionadas de «complejidad» e «histéresis»), lo que equivale a decir que los resultados específicos de cualquier período determinado dependen de toda una serie de factores, y que la forma en que éstos se combinan determina las posibilidades de la siguiente ronda de combinaciones indeterminadas. El reconocimiento de la dependencia de la trayectoria recorrida no niega la importancia de las visiones históricas amplias y las teorías globales, pero subraya la dificultad de hacer que tales análisis se mantengan válidos al considerar la dinámica detallada de cualquier período histórico determinado.

¿En qué nos ayuda, finalmente, el planteamiento de Arrighi a comprender la transición actual del capitalismo de la Edad de Oro a la Edad de Plomo y las perspectivas que se abren ante nosotros? Ha elaborado una perspectiva original de las fuerzas que determinan el ascenso del capital financiero en el período actual. Por sí mismo, esto ya supone una contribución significativa. Pero su visión no está lo bastante centrada para que sirva más que como una guía genérica para las cuestiones más inmediatas, como son la contribución del capital financiero al actual del estancamiento económico en Occidente o qué tipos de medidas y coaliciones políticas podrían desafiar su poder. En resumen, ha demostrado tanto las ventajas de la ambición como los inconvenientes de la extralimitación, ya sea en la sociología o en la historia de los regímenes hegemónicos.